

bres, publicó en el *Diario de los Literatos de España* la sátira contra los malos escritores, y el extracto del *Poema de san Anton Abad*, por don Pedro Ocejo, en que manifestó tanto caudal de ingenio festivo, de ironía delicada y de estilo castizo castellano. Este ingenio murió, en la flor de su edad, el año de 1742.

Pone el colmo á la convicción la circunstancia de hallarse esta fecha del fallecimiento de *Hervás* confirmada por una carta de 26 de Abril de 1745, que se conservaba en la Biblioteca Nacional (1). Su autor, don Leopoldo Jerónimo Puig, uno de los redactores del *Diario de los Literatos*, y más adelante individuo de la Academia Española, da á entender que *Hervás* era clérigo, aunque abogado (2). Dice así:

Vuestra reverencia no recibió la carta en que le avisaba la muerte de mi querida madre, que murió el día 15 de Junio de 1742...

Pocos dias despues murió un grande amigo mio, abogado, á quien vuestra merced trató algunas veces, que se llamaba don José Hervás. Vestia hábitos largos y hablaba un poco frances... (3).

Á estas pruebas podemos añadir un indicio de no escaso valor. La letra del original de la sátira de *Jorge Pitillas*, que se halla entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional, es de la misma mano que las cartas de *Hervás* que tenemos en nuestro poder. Así lo han comprobado los señores Hartzenbusch, Rosell y otras personas de criterio y autoridad.

Una variante del texto de la sátira confirma los anteriores testimonios: esta variante está consignada en una nota escrita de mano de *Hervás* al pié del original que se conserva en la Biblioteca Nacional, y dice así:

«Apunto en un papel que pesa el plomo,
Que en *Groelandia* las zorras son malditas,
Segun refiere *Wanderlarhck* el romo;

»Con otras mil noticias exquisitas
Que pudieran muy bien, segun su casta,
Aumentar las *Memorias eruditas*.

»Estos dos tercetos se concibieron y escribieron primeramente así, y despues se reformaron segun se lee en el cuerpo de la sátira, por las supervenientes atenciones de amistad y comercio estrecho entre *Pitillas* y el autor de las *Memorias eruditas*, y porque ante todas cosas es justo respetar *illud amicitiae sanctum ac venerabile nomen*.

»Madrid y Mayo 8 de 1741.»—(Rubricado.)

La sátira hubo de ser escrita, segun puede conjeturarse por las cartas de *Hervás*, el año de 1741. En ella se ridiculizaba la obra periódica titulada *Memorias eruditas*. Pero *Jorge Pitillas* traba casualmente amistad con el autor de aquella revista, y movido por un miramiento amistoso, perdona á las *Memorias eruditas* y traslada sus burlas á otra obra periódica semejante, *El Mercurio Literario*. ¿Cómo habia de acontecer todo esto á don José Cobo de la Torre, el cual, segun consta en los papeles de su familia y en las cartas de *Hervás*, residia por aquel tiempo y desde algunos años en Hesles, pueblo del valle de Cayon, en la provincia de Santander, adonde *Hervás* le dirigia sus cartas?

(1) Manuscrito (T. 108).

(2) La situación de *Hervás*, como abogado en Madrid, no era venturosa. En las cartas á su primo Cobo de la Torre le dice: «Mis empeños en la corte, si no pasan, llegan á lo ménos á treinta doblones.... Estoy reducido á la última calamidad.»

Habia sido catedrático en Salamanca, segun se ve por el siguiente título de una traduccion suya que se conserva en la Biblioteca Nacional:

La Conversacion Civil. | Escrita en Italiano por el Señor | Esteban Guazzo Gentil-hombre | del Montferrato | Traducida de vna Copia Francesa | al idioma Castellano | Por | D. Joseph Gerardo de Hervás | Profesor de derechos | en la Universidad | de Salamanca.

Manuscrito en 4.º, encuadernado en pergamino, letra del siglo XVIII, 236 fóllos, sin la Tabla de las cosas más memorables.

(3) Don Bartolomé José Gallardo atribuye esta carta anónima á Salafranca, en el apunte autógrafa que publicamos en este tomo al frente de las poesías de *Jorge Pitillas*. Pero hemos adquirido la certeza, por las noticias auténticas que con la mayor bondad nos ha comunicado el señor Rector del hospital de los Franceses de Madrid, que la carta es de Puig. El mismo Gallardo dice que el autor «era administrador del hospital de la nacion francesa en Madrid.»—Salafranca no lo fué en ningun tiempo. Lo fué su amigo don Leopoldo Jerónimo Puig desde 1739 hasta el 14 de Julio de 1763, dia de su fallecimiento.

Repetimos que es verosímil que *Tapia*, que afirma sin alegar prueba alguna, y que al parecer estuvo léjos de profundizar el exámen de la cuestion, no comprendió el verdadero sentido de la forma misteriosa que *Hervás* emplea, en la carta ántes copiada, al hablar del autor de la sátira. Está, á nuestros ojos, fuera de toda duda que don José Gerardo de *Hervás* y *Cobo de la Torre* es el verdadero autor de la *Sátira de Jorge Pitillas*. La sana critica, los testimonios históricos y las conjeturas racionales confirman de consuno esta opinion.

Al enviar *Jorge Pitillas* la sátira á los redactores del *Diario de los Literatos*, les ofreció escribir y publicar otras várias, encaminadas al mismo fin de poner freno á la corrupcion de las letras. ¡Lástima que la muerte del vigoroso satírico, ocurrida en el mismo año en que se publicó la *Sátira primera*, haya privado á la literatura patria de obras acaso dignas de eterna fama!

CAPÍTULO VII.

Influencia de la *Poética* de *Luzan*.—Últimos esfuerzos de la moda conceptuosa.—Los reformadores mismos mezclan involuntariamente el gusto nuevo con el antiguo.—Porcél.—Exámen crítico de *El Adonis*.—Interior de *Ayala*.—*Ferreras*.—*Quirós*.—*Velez de Leon*.

La influencia de la *Poética* de *Luzan* no fué, en los años inmediatos á su publicacion, tan poderosa como en realidad merecia serlo; esto es, no fué ni podia ser de repente, para la mayoría de los literatos y de los poetas, un código de buen gusto preponderante ó exclusivo. Los más vieron en la *Poética* como una condenacion de las letras genuinas de la patria; y es lo singular que esta opinion fué profesada, no sólo en la primera, sino tambien en la segunda mitad del último siglo, y hasta expresada en acerbo tono por algunos de los humanistas que aceptaron la escuela francesa y contribuyeron á su triunfo. El erudito fray Francisco Javier Alegre dice así: «*Luzan* quiso parecer un gran crítico, deprimiendo á su propia nacion, cuyo mérito él ciertamente no conocia en esta parte» (1). Á principios del presente siglo, *Quiñana*, que aplaude el intento, el orden de composicion, la doctrina y el claro y firme estilo de *Luzan*, apénas se atreve á unir su opinion á la de aquellos que habian tachado en la *Poética* el rigor excesivo con que juzga á algunos ilustres poetas españoles; pero acusa sin razon el tono del libro de *seco* y *desabrido*, y afirma que fué poco leído y que «por de pronto su influjo en los progresos y mejora del arte fué corto, ó más bien nulo.» El insigne escritor Fernando Wolf (á quien el que esto escribe tuvo el gusto de conocer y tratar en Viena) hace suyas las severas palabras de *Quintana*, hasta el punto de copiarlas sin citar la fuente de donde las toma, y añade que la *Poética* no se leia ya en 1760 (2); pero al propio tiempo pone de manifiesto el entusiasmo que le inspiran las doctrinas de *Luzan*, diciendo que éste «habia bebido la purísima agua del Parnaso frances», y apellidando á la misma *Poética* «faro que, despues de tantas borrascas románticas, habia de guiar á los españoles náufragos en el seguro puerto del clasicismo.» ¡Extraño lenguaje por cierto en un compatriota de *Lessing*, de *Goethe*, de *Schiller*, de *Wieland* y de *Schlegel*; en un hombre que trabajó con tanto afán como fortuna en la depuracion del texto de antiguos romances castellanos!

Marchena, que, como adorador del gusto frances, juzga á *Luzan* con una indulgencia en él desusada, sostiene que su *Poética* ejerció en las letras de su tiempo saludable y eficaz influencia.

(1) Nota á la traduccion del *Arte poética* de *Boileau*, por fray Francisco Javier Alegre. (*Códice del siglo XVIII, perteneciente al señor don Aureliano Fernandez-Guerra*.)

I, Ps.-XVIII,

(2) Esto mismo, y con idénticas palabras, habia ya dicho don Leandro Fernandez de Moratin en la *Vida* de su padre.

La verdad es que la obra de *Luzan*, si bien por su carácter y tendencias no pudo ser popular en la época de su publicación, es un libro harto notable para que fuese estéril en un tiempo en que hacían falta fuentes de autorizada y severa doctrina. Como una lumbrera de las nuevas ideas lo miraron siempre los hombres doctos de la falange reformadora. En cuanto á los poetas de estro nacional, no podían avenirse con reglas convencionales, que enfrenaban el vuelo de su libertad tradicional, y todos pensaban como *Gerardo Lobo*, el cual, un año después de la publicación de la *Poética de Luzan*, define así, con el donairoso desembarazo de los antiguos poetas castellanos, su propia y mal disciplinada *Poética*:

Tal ó cual vez me divierto,
Sin que me altere y fatigüe
Lo que Aristóteles clama
O lo que Horacio prescribe.

Quebrantar la ley divina
Del Decálogo me affige;
Mas no romper los preceptos
De los antojos gentiles.

El carácter de autoridad que tomaba insensiblemente la nueva doctrina de los reformadores, iba levantando una valla robusta, en donde se estrellaban las tentativas del depravado gusto de los conceptistas. Pero esta revolución saludable adolecía de graves achaques, que entorpecían su marcha y alejaban el triunfo. El nuevo gusto literario, que venía á España inoculado, por decirlo así, en nuevas ideas, nuevos usos y nuevas costumbres, traía consigo una circunstancia impopular, funesta siempre á la poesía: su origen extranjero. El imperio de las reglas en un país donde, según la expresión feliz de *Luzan*, *la antigua poesía jamás tuvo poética*, hubo de parecer y aún de ser verdaderamente un yugo por demás antipático. No había, como un siglo ántes, poetas que arrollasen los dogmas aristotélicos y horacianos, erigiendo como nuevo dogma su libre y popular espíritu; pero los apóstoles de la cuerda enseñanza que había de poner término á los delirios de la decadencia, tampoco encontraban en su seno, ni fuera de él, quien lograra acreditar desde luego con el ejemplo las ventajas poéticas de la reforma didáctica. En balde *Luzan*, *Montiano*, *don Juan de Iriarte*, *Nasarre* y algunos otros se esforzaban por escribir con pureza y con naturalidad, hermanando, en cuanto les era dable, la disciplina doctrinal con los recuerdos de la poesía castellana de la edad de oro; en balde el recíproco apoyo de aquella falange de doctos y estimables filólogos daba cierta fuerza y autoridad á la transformación que se iba efectuando en las letras españolas; en balde también la corte y el gobierno prestaban con su protección á los innovadores cierto áulico realce; la nación española no sentía palpitar su índole, sus tendencias y sus recuerdos en aquella poesía sin vida y sin color. Si se encontraba entre los reformadores algún destello de verdadero ingenio, era ¡quién lo diría! en los versos conceptuosos del *padre Feijóo*, de quien ya hemos hablado; en los ensayos de antigua poesía hechos por el granadino *Porcél* y por *don Nicolás Fernández Moratín*; esto es, en los versos de aquellos que, ya á pesar suyo, ya con deliberado intento, seguían las huellas de la antigua musa castellana. *Feijóo*, por ejemplo, no se preciaba de poeta, y sin embargo, en sus versos resplandecen ingenio agudo y espíritu analizador y profundo. ¡Poder de la moda hasta en los ánimos más prevenidos contra ella! El grave *Feijóo*, tan llano y natural en la prosa, labra en sus poesías un tejido interminable de conceptos. Pero estos conceptos no son los enredos laboriosos de los poetas vulgares. En sus décimas á la conciencia, siguiendo la metáfora del reloj, andan unidos los tres elementos principales de la corrupción literaria: sutileza, superabundancia metafórica, equívoco; y sin embargo, tal es la fuerza prestigiosa del verdadero talento, que se olvida el abuso ante la fascinación del ingenio. Sirva de ejemplo la siguiente décima, en que habla al reloj:

Noche y día, sin parar,
Tu agitación misteriosa
Un momento no reposa,
Ni me deja reposar.
¿Cómo no he de reparar

Tu continua pulsación,
Ó cómo á la distracción
Lugar alguno le queda,
Si los dientes de tu rueda
Me muerden el corazón?

¡Mezcla singular de afectación en el pensamiento y de naturalidad en la expresión! Asoma

en ella el gongorismo, con muchos de sus vicios capitales; pero es el gongorismo, á veces seductor, de Calderón y de Víctor Hugo.

Don José Antonio Porcél es uno de los poetas más dignos de renombre entre los de aquella era de transformación literaria. Ejemplo señalado de los azares de la fama y del descuido de la posteridad, sus obras más celebradas no se han impreso nunca (1). Sin las encomiásticas menciones que de él hacen Velázquez y Rodríguez de Castro, vivificadas por Quintana, probablemente nadie pensaría ya en el nombre de aquel canónigo *Porcél*, amigo íntimo del *Conde de Torrepalma*, colegial insigne del Sacro-Monte de Granada, é individuo de la Academia Española, que tanto lustre y tan alta autoridad llegó á granjearse entre los doctos de su tiempo.

Al leer ahora, pasado un siglo entero, las obras de este varón tan admirado, no es fácil decidir si, atendido su mérito absoluto, habría ó no convenido más á la gloria del escritor dejarla reducida, como lo estaba, á una aureola misteriosa, á un eco de la admiración contemporánea. Alzado el velo, se desvanece la ilusión. Ahora salen á luz por primera vez las famosas *Eglogas venatorias*, que se juzgaban perdidas, y, sea alteración del gusto, sea justicia de la crítica moderna, ó, lo que es más probable, ambas cosas aunadas, la verdad es que estas églogas, notables por diferentes aspectos, añaden escasa y aún dudosa riqueza á las letras de nuestra patria (2).

Algunos cuadros relativa y aún absolutamente bellos, varios trozos de versificación limpia y lozana, y cierta entonación levantada, que demuestra que el ingenio del poeta no carecía de nobles prendas, no alcanzan á dar vida á una narración fría y enredada, ni á hacer del todo llevadera la desagradable impresión que produce ver un estilo instintivamente feliz manchado á cada paso por inversiones violentas y vanos artificios, y una imaginación de noble índole, lastimosamente perdida en un laberinto de insulsas y ociosas descripciones.

Porcél no había cumplido veinticinco años cuando escribió *El Adónis*, y esta circunstancia ha de tenerse muy en cuenta para explicar cómo tan ferviente admirador é imitador de algunos de los extravíos de Góngora pudo pasar después por uno de los más rigurosos reformadores del gusto.

«He procurado imitar, dice *Porcél* (3), á Garcilaso, y en especial al incomparable cordobés don Luis de Góngora (delicias de los entendimientos no vulgares), de quien confieso se hallarán algunos rasgos de luz que ilustren las sombras de mi poema.»

¡Qué confusión en las ideas estéticas de aquel tiempo! Los rasgos de luz que *Porcél* imita ó reproduce de Góngora, no son las inspiraciones nobles y sencillas que constituyen la verdadera gloria de este gran poeta; son los rasgos de afectada cultura con que estragó su número peregrino.

En cuanto á Garcilaso, también creyó Velázquez que *Porcél* podía ser contado entre los émulos de aquel inimitable poeta (4), dando motivo á sospechar, con esta opinión exagerada, que era limitada y poco certera su perspicacia crítica. Á ser *Porcél* contemporáneo de Garcilaso, habría escrito probablemente églogas de limpio estilo y tal vez de arranque dramático; pero sus pastores no habrían llorado de cierto como Salicio y Nemoroso, ni su dulce lamentar habría sido nunca aquel eco del corazón, aquel *parlar che nell'anima si sente*, aquel inefable embeleso de la poesía verdadera, que no hay talento que por sí solo alcance, ni *Poética* que defina y con sus reglas despierte y avasalle.

El *Adónis* de *Porcél* no da indicio alguno de que el poeta se hallase dotado de esa sensi-

(1) En la Biblioteca Nacional hay una obra de don José Antonio Porcél y Salablanca, titulada *Gozo y corona de Granada en la proclamación del Rey Don Carlos III*. Granada, Imprenta Real, 1760; en 4.º

(2) Véase nuestra *Noticia biográfica* de Porcél, impresa al frente de sus poesías, en el presente tomo.

(3) Prólogo á *El Adónis*.

(4) «También merecen una particular estimación las églogas venatorias del Adónis, de don José Porcél, en que hay pedazos excelentes, y tan buenos como los mejores de Garcilaso.» (*Orígenes de la poesía castellana*, por don Luis José Velázquez.)